

MI EVOLUCIÓN DIAMANTE

UNARI E.S.

MUESTRA GRATUITA DE LECTURA

CON PLUMA Y PIXEL

1ª Edición: abril 2020

© 2018, Unari E.S., por el texto
<https://unaries.blogspot.com/>

© 2020, Con Pluma y Píxel, por la presente edición
<https://www.conplumaypixel.com>

ISBN-13: 978-84-121601-0-9

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Introducción

La mercancía se había transportado con premura a la Tierra: veinticuatro años de viaje interestelar mediante las autosostenibles naves de escudo magnético, que sintonizaban la frecuencia de los polos planetarios destino navegando en su ancho de banda, conectándose y desconectándose para ajustar trayectoria, velocidad, gravitación...

El antiguo Consejo Europeo, así como los demás continentales, acababan de apercibir su parte del botín de la primera explotación del «Planeta Diamante»: 55Cancri-e. No habían sido muy diversos los materiales sólidos y gaseosos hallados, aunque sí estimables y abundantes. Algunos de ellos (diamantes, cuarzos, y pequeñas rocas) irradiaban un flujo de energía que, según los científicos, una vez desarrollada la ingeniería que venía en un mapeo infinitesimal de su estructura, al contacto con las personas parecía guiarlas con inteligencia; consideraron que lo que sucedía era algo mágico. No obstante, los investigadores comprobaron el alto nivel de veracidad de aquellas predicciones anunciadas por la nueva fuerza y su maquinaria. En consecuencia, aceptaron aquella tecnología como ciencia de aproximación.

El Consejo Europeo manifestó su intención de acaparar gran parte de los bienes obtenidos, en vez de transferirlos a cada una de las naciones representadas. El objetivo de tal imposición era asegurar sufragar sucesivas misiones a las tierras de 55Cancri-e que habían establecido como propias (ya no sería un viaje conjunto con los otros continentes).

Harían fluir el resto del tesoro a cada nación del «viejo continente». Ocurrió que la población no estuvo conforme, y tampoco quiso aguardar a otra misión de dos décadas y media para recibir el rendimiento de sus impuestos. Todos ambicionaron más: para sus lugares de origen, sus pueblos y ciudades, en definitiva, para sí.

Ámsterdam, capital de Holanda, fue la ciudad en donde Europa había establecido la nueva base política, arrebujada en un fortificado cerco junto a las grandes reservas de almacenamiento, debido a su tradicional comercio diamantino. Fue en sus alrededores en donde el descontento pueblo del continente comenzó a amotinarse de manera caótica, dando lugar a la Revuelta Popular de Holanda (2209).

Con el fin de mantener la unidad, el Consejo Europeo instituyó Europa como nación-continente, medida realizada en conjunción con los demás consejos continentales en una última reunión mundial en Washington.

Se impusieron crecientes diferencias, toneladas de desconfianza y, tras un debate final, cada nación-continente construyó gigantes bloques.

Conducidos por el recién denominado Gran Congreso de Europa, las anteriores naciones devinieron en regiones, y las antiguas regiones, desaparecieron.

Los principales grupos de partidos políticos de nuestro flamante nuevo territorio nacional, realizaron por su cuenta estudios acerca de aquella «magia» del diamante, que auguraban iba a relegar a todo culto o no-culto, tribalismo ideológico, identificación social, a un insustancial segundo plano.

Cada gobierno regional, entre ellas España, cobró una parte considerable de los bienes, y cada habitante mayor de edad recibió un paquete que contenía los logrados materiales para su colección, dar en herencia, o su libre comercio, incluyendo un Diamante personal e intransferible cargado de la bautizada como Energía Z.

Los insanos actos egoístas se redujeron. Fueron tiempos en los que el ser humano comenzó a familiarizarse con el uso de esta energía; todos se maravillaron, percibieron la vida como parte de una existencia superior de manera tangible. Fue el comienzo de la Era Diamante.

En una cumbre en París, por iniciativa propia, cada uno de los cinco grupos de partidos políticos europeos adquirió una «identidad» nueva, prometiendo matizarla en los meses venideros. Argumentaron que esta elección iba en consonancia con los deseos que observaron que habían ido surgiendo en el pueblo: modos de vida, gustos, metas..., muy dispares entre sí a grandes rasgos, y se aceptó mediante recogida de firmas *online*. Con posterioridad, gran parte de la población se afilió a cada uno de los partidos que pasarían a denominarse estirpes, y que se disputarían entre sí el imponerse de lo micro a lo macro cósmico. Quien no formara parte de estas cinco estirpes, quien estuviera al margen de la «responsabilidad» de formar parte activa del Orden, sería denominado Aimless: «Sin Rumbo», la sexta y última estirpe.

Aquello fue lo que entendí en las clases preparatorias de historia del siglo pasado.

Como cualquier niño de doce años de la nación-continente Europa, estaba a punto de recibir mi Diamante. Gracias a esta adquisición realizaría los principales cometidos de la vida con mayor facilidad que cualquier otro ser en tiempos anteriores, iba a ser una parte importante de mi porción de individualidad, libertad, y comunión con la universalidad. Me encontraba en la celebración de entrega en el Santuario de mi distrito, rodeado de seres y con la mente en otra parte. Ataviado con la indumentaria de comunión típica (camisa azul, cuello alto de ganchillo, y grandes volantes en los puños), no cabía en mí. No podía evitar, desencajada la sonrisa y asiendo mis manos con avidez, sumirme en el deseo de alcanzar la joya como el más buscado de los cofres piratas. Poseería el más importante de los objetos, mi recipiente personal de Energía Z, energía inteligente suma de los siete haces de luz que configuraban el aura, y potencial controladora de tecnología de masas. Caía en mis manos el estuche, no podía más... visualizando llegar a casa y vestir el brazalete conductor de energía, conectar al computador y leer en la pantalla mis estadísticas de evolución. ¿Qué objetivos programaría? Escogería la plantilla más estándar por ser la menos condicionante para esquematizar los órdenes vitales: genes, educación, trabajo, comportamiento social, y libertades. Introduje los parámetros iniciales, aunque, debido a la creciente inestabilidad de mi irascible entorno familiar, opté por realizar la búsqueda de mi lugar en el universo de la calle, distanciándome de esta manera de mi actividad con el Diamante.

En mi mayoría de edad, en base a mi disociada personalidad, escogí no pertenecer a ninguna de las cinco estirpes de pensamiento. Me convertí en un Aimless. Viviría siempre por detrás de Teenyboppers, Forschers, Oradores, Cosmos y Omnias.

Era europeo y no me encontraba fuera del juego de vivir por no crearme ningún *relationship*. Daba igual el grupo configurado, me importaba poco lo que señalaran poseer, la cantidad de lo que movieran, lo que tuvieran como intención guiar.

Con veinticuatro, aceptaba una serie de lecciones naturales básicas, pero no más. Llevaba un tiempo rigiéndome por esta máxima: Si cuando hacía calor significaba que el aire tenía una presión más baja, quizá con mis pensamientos era similar. Si disfrutando de tiempo libre, hacía vibrar mis entrañas en función de ilusiones con las que simpatizaba, cálidas, muchas y pequeñas, tal vez se disiparía el peso de cuanto me abrumaba de la vida.

Integración asocial

Junio del año 2319

Había dejado de tomar notas. «Todo ser genera residuos...», estaba pensando. Animales, plantas, incluso los elementos inanimados. Se lo habían montado bien estos del gobierno central español: la Junta Regional de la Legacía Europea en España (JRE-5). Los residuos eran abundantes, casi gratuitos, y fáciles... Tanteaba posibles negocios; llevarlo a cabo no sería sencillo. Más del setenta por ciento de la ciudad nos dedicábamos a reciclar deshechos principalmente de la capital, para obtener energía gracias a las gigantescas plantas de conversión de las Zonas de Reciclaje. Seguía dándonos resultado la mezcla de la energía basura junto con la de hidratos de metano recompatados para elaborar pilas y redes *Mass Energy*, que cargaban de vehículos a ciudades.

Eran treinta y dos millones de habitantes los que tenía Madrid, que decrecía un tanto debido a los problemas de fertilidad, la plaga del siglo. Las demás regiones padecían similar desorden. Algunos nos habíamos quedado por los «alrededores» de la urbe, conviviendo en ciudades de veraneo. No se vivía mal por aquí, en La Coruña, el pico noroeste de la península, dentro de la Comunidad Autónoma de Galicia. Éramos ciento quince mil hombres y mujeres repartidos en los seis distritos externos de la ciudad vieja, «La City».

En mi distrito, El Temple, a unos nueve kilómetros (por el sur), cohabitábamos cincuenta mil seres distribuidos en grandes edificios rectangulares de color gris. En este entorno de hámsteres, me aferraba a mis monólogos.

Me llamaban «Tei». Teiga era mi apellido, tenía veinticuatro años y no me consideraba como los demás. No era por supuesto el resultado de un comportamiento social, ni de una ciudad, o de una cadena de reverberaciones provenientes de realidades económicas; no era residual, ni me afectaba. No era como los zombis de las series, ni me creía un superviviente, un superhombre en medio de una *superlucha* (afectado por la típica *supersituación*). Pasaba de visualizarme en contra de invisibles «sombras, entes y sistemas», de los que se aquejaba o decía aquejarse gran parte de la población, señalando siempre a culpables en el exterior. Lo que veía era una competición caótica y voraz por todas partes, en donde el poder era una quimera y lo que enganchaba era el dinero (rápido, lento, como se quisiera mientras se poseyera); veía juegos y gente enlazada a ellos.

La gente de la calle, me parecía que se anclaba en quejas autocomplacientes, lo llamaban profundizar, madurar, erudición, a pensamientos circulares, degenerativos, superficiales..., que había que soportar. Pertenecíamos al veinte por ciento de las regiones ricas del planeta, vivíamos en la que sería siempre la quinta potencia económica de la nación-continente Europa, por herencia.

Una parte de mí se aprisionaba entre ansiedad, principio de paranoia, obsesión, y alguna adicción, lo que todos, incluso me sucedía algo de Síndrome de París. Rechazaba el aire noble-novelesco de mis conciudadanos cuando se expresaban mediante marcadas reverencias y demás ostentosos aspavientos, así como los tonos de brillantina reflectante sobre cualquier elemento me sobrecargaban el sentido de la vista.

Mi válvula de escape era soñar despierto. Me visualizaba sobrevolando vallas de control y muros continentales, al igual que los vehículos de frecuencia magnética con propulsión, es decir, los denominados clase Mac, que se deslizaban por encima del asfalto endurecido con alquitrán metalizado.

Era de noche. Desplegaba mi híbrido entre móvil, tablet, y reproductor de calidad profesional: mi viejo modelo T3, de tres paneles, y charlaba con él. Riazor era la playa principal de esta ciudad (en su norte), a los pies de los diques prefabricados y las piscinas artificiales. Era San Juan, día festivo por pura costumbre. En toda Galicia había hogueras sobre las que se saltaba para ahuyentar lo negativo y se asaban sardinas y carne. Hacía un par de horas que el concierto había terminado. Andaba con gente del distrito que competía con otros grupos bebiendo. Me acompañaba mi perra, Ljub, mestiza de caza de tamaño mediano. Recibí un mensaje, cerré mi mochila; había una historia por hacer.

Caminé por el paseo marítimo y me detuve a la altura del obelisco Millemium. Minutos después, pasó el pringado que esperaba. Me dedicaba a hacer horas, siendo una especie de agente ilegal de la JRE-5.

El tío iba hasta arriba, pero al ir cargado de Onze (De 1.0, evolución sintética de la cocaína, de más rápida asimilación y con un efecto *overlocking* que extremaba las capacidades físicas del toxicómano por unos instantes, con un posterior coste crítico para el organismo), podía permitirse ir rápido a placer. Dejé que se apartara. Sesenta metros después, paró una moto verde y, sin mediar saludo, se subió a ella y aceleraron.

Eché a correr por el paseo, ya bajo el monte de San Pedro, dejando atrás a un par de grupos de turistas. Habiéndome remangado, saqué

de la cincha de control a Lenteja, mi hermético dron de diez centímetros. Lancé el dispositivo y se activó.

Supuse que pararían en las barracas del Portiño, lugar frecuentado por estraperlistas de productos de otras naciones. Ellos recibían la mercancía de buques en aguas de nadie, que enviaban pequeños submarinos teledirigidos que aprovechaban estrechas aberturas en los vigilados diques. Me manejaba con ayuda de la pantalla y teclado holográficos de la cincha. Mandé a Ljub que se adelantara.

Un coche circulaba viniendo hacia mí por la carretera adyacente al paseo y me lancé hacia abajo a las rocas, ya que temía que pudiera pertenecer a los contrabandistas de la zona. De un salto volví al paseo, subiéndome a mi *skate* de la firma Lugiani, clase Mac y con sistema de fuerza gravitatoria independiente. Me bastaría conocer si alguien de las barracas era amigo del Cártel de Covaj, algo que disgustaría a los jueces, suponía que por hacerlo a espaldas suyas.

Pulsé, chequeando las imágenes con fugacidad, indicando a Lenteja que se elevara sin adelantarse. Me escondí en una hendidura en la roca. El conductor de la moto se había ido. El sujeto al que seguía se saludaba con Mikele, conocido de la calle adorador de la nación-continente Bolivari, pero no comerciante de droga, no más allá del trapicheo ocasional. Mikele iba con un neopreno y por lo que veía acababa de descargar el primer submarino. Señalaba el Onze envuelto en plástico, dando órdenes a los cargadores.

Al cabo de unos segundos, su ayudante volvía con los diamantes para el pago.

—Menudo crecimiento, mulita —dije en voz baja por Mikele. Ascendía a marchas forzadas: según mi dron, una captación de viaje *online* ilegal lo situaba en un puerto de Venezuela. Di zancadas en la dirección opuesta, no me convenía tener problemas.

De camino a la playa, con la intención de encontrar compradores para tres híbridos de segunda mano que me quedaban en *stock*, paré a comprar un helado de máquina en la furgoneta heladera del ayuntamiento y di unas galletas a Ljub. A través de un canal oculto presente en cualquier negocio público, escribí: «Sí», y adjunté imágenes para los jueces (don Jorge, don Ricardo, y don Fernando). Luego, acabé con gestiones más personales y eché a andar.

Los conocía de cuando despachaba en una analógica papelería. Allí iban temprano algunos habitantes de la ciudad antes de ir al Santuario. A los veintiuno me propuse para hacer algún seguimiento.

Algo llamó mi atención. Comenzaba a ser habitual que personas de cierta edad y con aire *gris* me observaran.

Iba a lo mío. «Si pudiera hacer diamantes a partir de un residuo, ¿qué haría?».

Mirando modernas construcciones aledañas comenzaba a tener un negocio en mente, un boceto de programa, y un seguro ya en marcha. Subí el volumen. Andaba escuchando a Shing02, un rapero japonés del periodo «retro» favorito por aquí: siglo XX a mediados del XXI. *Lift the fog up. Stocks, Swipers*, y música, me trajeron recuerdos de mi adolescencia.

Un Swiper era una porción execrable de la basura existente en cada estirpe. Con inusitada ambición económica para lo que de por sí era la media juvenil, se habían saltado toda ley para formar esta especie de «novedad» que perduraría con insistencia. Dicha unión de jóvenes criminales pertenecientes a cualquiera de las seis estirpes contaba con núcleos en casi todas las ciudades de Europa, y sus miembros se afanaban en ser los jugadores más serios de cada lugar. Iban haciéndose fuertes, sobre todo en cantidad de jugadores. Las bandas callejeras Swipers se retaban entre sí para perpetrar diferentes actos criminales a la misma hora, y posteriormente comparaban sus «hazañas». Aquí el resultado lo dictaban las cantidades y daños señalados en el periódico de la JRE-5, el *Spanish Society*. Su ansiedad los llevaba a hacer uso de estimuladores mentales para crear ramificaciones sinápticas que los hicieran eficaces en el arte de crear desorden, desvalijar y matar, mientras que en las más altas esferas estaban en boga la adquisición de altos niveles de conversación para políticos, habilidades base para artistas, agilidad en cálculo para científicos... Eran los primeros años de su comercialización. Aquello que se hacía en el mercado negro era una cruel chapuza, para ellos era suficiente reproducir virtualidades, algo radical, volátil, inestable, como indicaba su «risa quemao» de «Onze» años mentales. No daban más de sí, ni se esperaba.

La sociedad europea detestaba a los chivatos en la sombra, como era mi caso. No obstante, más soplones me parecían los Swipers cuando acudían a otros de su especie para hacer manada, o buscaban un chivo expiatorio que pagara por sus delitos o compraban a algún agente para que ejerciera de informador y criminal de apoyo. Estaba claro que yo no me tenía por un Cristo que pudiera resistir toda vejación, ni

un *arjuna* (Héroe de la antigua cultura hindú) que luchara por luchar, ni tampoco un renombrado médico con una cura para la sociedad. Cada persona era conocedora de lo suyo; sería rebajar en mi mente al resto de la gente a papeles de «inválidas víctimas a salvar». Esto era personal.

Pasé por los atestados alrededores del Estadio de Riazor, distinguiendo por megáfonos unas voces familiares de manifestantes conocidos míos por ser amigos de Tía, una vecina quince años mayor que yo a la que desde chaval acercaba paquetes de contrabando de los Carreteros. Tía tenía nombre, pero me refería a ella así porque practicaba una filosofía anonimista a causa de injusticias contra los animales. Tía expresaba que eran llevadas a cabo (si lo entendí bien) por «aquellos con oscuros subterfugios de elementos devaluatorios propios de almas vendidas». Esta manera de hablar era típica de los Cosmos.

Sus amigos eran menos individualistas y estaban metidos en líos políticos. Solían poner un tenderete informativo aquí y allá. Los permisos, siempre limitados, eran proveídos por su estirpe. Una de ellos me reconoció. Su nombre era Cindy.

—Hola, Tei —saludó mientras me daba la mano, girando levemente el cuello a la derecha y doblando un tanto las rodillas a modo de breve reverencia.

—¿Qué tal, Cindy? —respondí de manera similar.

—¿De fiesta o vendiendo? —inquirió.

—Tres híbridos. ¿Qué tenéis esta vez? —pregunté.

—Amenazamos con nuestras armas. Lee si te apetece. ¡Qué pasa, Ljub! —Acarició la cabeza de mi peluda compañera.

...para los que hablaban,

no porque no actuaran,

la palabra fue su daga,

y será nuestra afilada espada.

Eso decía el final del poema que venía con imágenes ilustrativas. Era por lo de reponer las lonas de plástico biodegradable que cubrían las densas tierras de las Zonas de Reciclaje de toda la Región España.

Habían quedado reducidas a finas alfombrillas de bajo aislamiento y con exiguos nutrientes que proporcionar a la tierra. La Junta, de mayoría Forscher y Teenybopper, con apoyo de Omnia en esta candidatura, prometió bajo coacción por parte de Cosmos y Oradores, que dichas lonas serían mudadas antes del verano. La JRE-5 había argumentado cuestiones presupuestarias de mayor urgencia.

Forschers y Teenyboppers fomentaban el desarrollo de la propiedad privada. Cosmos y Oradores promovían un gobierno distribuidor. Omnia iba a lo suyo.

Cindy y yo estuvimos charlando del rumor que apuntaba a que los croatas iban a salir unidos a bolsa, acumulando grandes derechos de explotación. Quedamos en un local de música al que luego iban a ir, que tenía terraza para poder estar con Ljub: el Disomnia.

—Estoy entreteniéndote. Para compensar, dame si quieres un taco y reparto por la playa —propuse.

Nos dimos un par de besos y se despidió con un: «Que *Ellos* te guíen», señalando al cielo y asintiendo. Hice una ligera reverencia para todos meneando la cabeza a la izquierda, y los dejé a lo suyo.

Cosmos fue la única stirpe que se había interesado por mí. Era la más pacífica en cuanto a acciones, no en ideas y juicios. Ellos y ellas iban vestidos con sus túnicas típicas, apoderadas de simbología numérica, y con lisos pantalones. Nunca me parecieron ni mucho menos lo más pomposo que podías encontrarte, aunque para mi gusto sobraba lo de los lazos en la manga. Por ejemplo, Cindy portaba dos lazos blancos en el antebrazo izquierdo en señal de sus últimos trabajos (sinceridad y correcta manifestación) bordados en oro, y un lazo negro en el derecho por su labor a realizar en esta vida (compromiso social) bordado en plata. La idea-origen de esta stirpe, que repetían como si fuera un mantra, era: «*Ellos* (extraterrestres, dioses, y héroes, todos cosmonautas) vinieron, nos hicieron, nos esperan». O su resumen: *Ellos* para agradecer, *Ellos* como protección, *Ellos* para desear buena suerte..., en fin. Sus superiores, los más evolucionados y trabajadores, denominados por sendos motivos *médiums*, lucían una vida de bienestar. En el futuro todos compartirían un nivel de riqueza similar, según dijo Tía, que esperaba sin esperar su turno de Ascensión, que le llegaría como a todos, cuando la respuesta de las joyas Z concordara con su mensaje interior.

Ya en la playa, repartía los impresos a quien quisiera recibirlos. Y bueno, hubo que traducírselo a un personaje para favorecer su comprensión, y seguiría haciéndolo con el resto:

—¡Tú! Por esas ropas no pareces Cosmo ni Orador, Aimless. ¿Qué haces? ¡Buah! No. — Grande, pecoso, de aspecto flojo incluso en su parpadeo, llevaba un buen «pildorazo» encima, como sus diez colegas, los cuales cerraban sus puños en señal de amenaza por si se me ocurría responder.

Eran Omnias. Los asociados a la estirpe Omnias se caracterizaban por sus chupas ligeras de cuero sintético, con sellos de sus clubes en el corazón: moteros, atletas, gremios..., todo lo que se concibiera. También los portaban en sus vaqueros. Devoraban la vida en todo campo, de estudios y cultura a pasatiempos y celebraciones... Se podrían resumir como un enjambre, en el que se encontraban muchos movimientos grupales diferentes, pero funcionaban bien organizados.

Políticamente no se definían, aunque eran decisivos. En el plano más individual, en ocasiones activaban a través de fármacos secuencias de partes del ADN denominadas en otro tiempo basura, para lograr un desarrollo de facultades físicas determinadas, pagando un precio aparte por la manipulación del equilibrio energético. Es decir, podían aumentar la musculatura de los brazos, y causar en otro lado del cuerpo cierto subdesarrollo. El cuerpo de un Omnia era capaz de soportar este duro proceso una vez. Era una recia estirpe que no debería ser enjuiciada por un sujeto así. Muchos de ellos contaban con un tronco superior capaz de levantar grandes pesos.

El charlatán que seguía increpándome era un «niño bien» del centro, y los diez alcornoques parcheados que le acompañaban me sonaban de la Zona de Reciclaje.

—Es por lo de las lonas —pacifiqué.

—¿Necesitas un curso para entenderme?

Los grupos colindantes, ante el creciente suspense, se dispusieron a grabarnos con sus híbridos para emitir la posible pelea a través de las redes.

—Venga, ¡venga! —Los miembros del grupo acosador me estimulaban para que diera el primer golpe, cargando así con la responsabilidad y una buena paliza.

Y aquí, en esta interesante escena, tenemos que dejarlo.

Si quieres saber cómo continua la historia, no dudes en pasarte por nuestra web para adquirir el texto completo:

<https://conplumaypixel.com/>

Gracias por leer,

El equipo de *Con Pluma y Píxel*